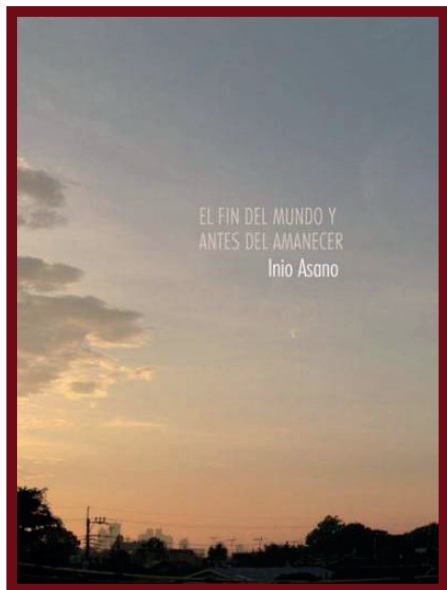

El fin del mundo y antes del amanecer

INIO ASANO

Norma Editorial, 2016

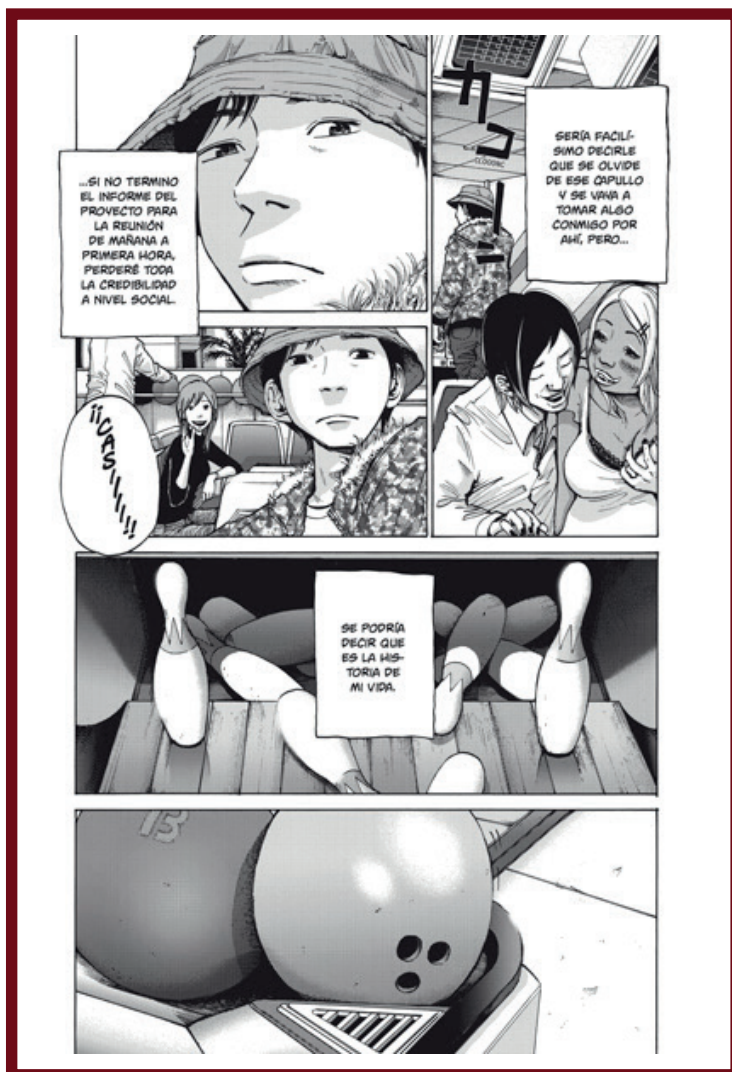


Ala hora de abordar un cómic siempre es importante tener en cuenta la distancia que abarcará. No es lo mismo una obra breve que una novela gráfica. Desde el punto de vista del creador, eso no tiene nada que ver con el hecho de cuánto se tardará en hacerla, como las cualidades necesarias para ello; donde en la narrativa breve se requiere ir directo al grano, desarrollar una idea o un sentimiento sin hacer ningún *detour* innecesario, en la narrativa larga lo que ha de primar es la atmósfera, crear un universo rico en reminiscencias en el cual el desarrollo pueda verse atravesado por diferentes formas que añadan matices al conjunto. Es la diferencia entre construir una casa, cuya belleza es menos importante que el hecho mismo de que sea habitable, o construir una catedral, donde si bien no es necesario que todos los espacios

guarden un mismo peso específico sí debe estar dedicada a la mayor gloria de un tema superior que trasciende la utilidad misma del edificio.

Inio Asano es un autor de distancias largas. Ya sea en los trece tomos de su *opera magna* — *Buenas noches, Punpun*— o en la más comedido extensión de cualquiera de sus otras obras publicadas en nuestro país, solo uno o dos tomos por cabeza, donde ha demostrado ser un genio incontestable ya no solo del manga, sino del cómic mundial, es en la larga extensión. ¿Cómo hablar entonces de *El fin del mundo y antes del amanecer*, un recopilatorio de historias cortas? Asumiendo que sus relatos se comportan como pequeñas novelas, más que como lo que consideramos canónicamente relato.

Antes del amanecer hace evidente eso. En él todo se juega en el *tempo*, en el desarrollo específico de un ritmo perfectamente marcado, que rompe al final para enfangarse en la conexión de todos los diferentes momentos que ha ido esbozando en una armonía común. Ahí, donde Asano experimenta de forma más abierta, es donde se puede ver ese germen de algo mayor —cada historia, de apenas sí dos páginas, podría ser un capítulo completo que confluyera en un último capítulo doble de un manga de un par de tomos—, sin que por ello sea necesario más desarrollo. No es un relato, sino una novela; no es una casa, sino una catedral en minia-



sí mismos, como si hubiera un mundo inexplorado que no ha sido dicho, estos otros no lo hacen. Son, canónicamente hablando, relatos como tal.

Aunque resulte extraño, eso no perjudica a la apreciación de la obra. Sus relatos de larga-breve distancia son suntuosos, mágicos, absolutamente perfectos en su capacidad para hacernos vagar por un mundo que no se agota solo en la representación en miniatura que practican, pero sus relatos de corta distancia logran crear una agradable sensación de paz, de armonía con el mundo, más próxima al de habitar un lugar familiar que hemos podido desentrañar hasta sus últimas consecuencias. Y son los primeros los que permiten la suntuosidad de los segundos. A fin de cuentas, Asano es emocionalmente agotador, por lo cual esas pequeñas píldoras de catarsis en forma de *flashes* narrativos logran, en cierto modo, revitalizar nuestro espíritu antes de emprender la larga marcha hacia su próxima catedral de pequeñas dimensiones.

Asano no escoge entre distancias. Aunque resulta evidente que se siente más cómodo en la larga distancia —algo que demuestra en el epílogo, donde destripa sus sensaciones al res-

tura. O en otras palabras, consigue condensar los principios narrativos que le son propios a las historias de largo aliento en un espacio mínimo a través de un uso ejemplar de la elipsis, la evocación y lo sugerido por encima de lo nombrado. Confía en que cada parte será capaz de resonar emocionalmente con las demás, jugando con las mismas herramientas que en sus novelas.

Eso no significa que no juegue también con las reglas propias de la narrativa breve. «*El fin del mundo*» o «*Alfalfa*», además de ser dos excelentes relatos, cumplen perfectamente su función de estampa de un mundo que termina en sí mismo, dando esa sensación cerrada y perfectamente armónica que transmiten los mejores relatos. Donde «*Antes del amanecer*», o en menor medida «*Domingo*», 6:30 de la tarde, evocan algo más allá de

pecto de cada obra casi tanto como a sí mismo—, en las cortas distancias también demuestra tener un genio insuperable por nadie. Ni en Japón ni en Occidente. A fin de cuentas, Asano es llamado «la voz de su generación». Apreciación que no irá a menos después de esta pequeña gran obra.

ÁLVARO ARBONÉS

Álvaro Arbonés (Zaragoza, 1988) ha estudiado Filosofía en la Universidad de Zaragoza. Escribe crítica cultural en varios medios de Internet (Entrecomics, Mondo Pixel, Miradas de Cine, Studio Suicide). Fue uno de los ganadores del Primer Premio Internacional de Lectura Literaria y también uno de los ganadores del Premio Ariel mejores blogueros jóvenes de ensayo.